

Próceres menores. Variaciones del *culto de los mayores* en la obra de Borges

Próceres menores. Variations on the *culto de los mayores* in Borges' Work

Lucas Martín Adur Nobile¹
CONICET / UBA

“No descendía de primera línea de próceres nacionales
y mucho menos de las grandes fortunas de hacendados.
Sus abuelos [...] tuvieron un hondo sentido de
pertenencia de tierra y de patria,
aunque fueran de “segunda fila”

M. Saénz Quesada “Borges y el pasado argentino”

Resumen

En diversos lugares, Borges se ha referido al “culto de los mayores” como uno de los motivos centrales de su producción literaria. Se trata, en efecto, de un tópico que puede rastrearse desde su primer poemario —e incluso antes, en el proyecto inédito *Montaña de gloria*— hasta sus últimos libros publicados. En este trabajo, centrándonos en los textos que retoman la figura de Isidoro Suárez, bisabuelo del escritor y héroe de las guerras de la independencia, nos proponemos mostrar los desplazamientos que pueden registrarse en los modos en que Borges aborda las figuras de sus mayores, desde la devoción casi irrestricta hasta una perspectiva que incluye la (auto)crítica y la parodia.

Palabras clave: Borges; culto de los mayores; desplazamientos; parodia; Isidoro Suárez

Abstract

In several places, Borges has referred to the "culto de los mayores" as one of the central motifs of his work. It is, in fact, a topic that can be traced from his first collection of poems - and even earlier, in the unpublished project *Montaña de gloria* - to his last books. In this paper, focusing on the texts that take on the figure of Isidoro Suárez, the writer's great-grandfather and an independence war hero, we intend to show the shifts that can be observed in the ways Borges approaches the figures of his elders, from almost unrestricted devotion to a perspective that includes (self-)criticism and parody.

Keyword: Borges; culto de los mayores; shift; parody; Isidoro Suárez

¹ Doctor en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Investigador asistente de CONICET y docente de Literatura Latinoamericana II y Problemas de Literatura Latinoamericana (Facultad de Filosofía y Letras, UBA). Director del proyecto de investigación FILOCyT “Escrituras de dios. Borges y las religiones” (FFyL, UBA). Ha editado los volúmenes colectivos *Borges 120* y *Borges poeta*. Publicó artículos sobre la obra de Borges en revistas y volúmenes académicos, argentinos e internacionales. Es uno de los editores de la revista *El Ansia*, dedicada a la literatura argentina contemporánea. lucasadur@gmail.com

En el prólogo de *El otro, el mismo* (1964), Borges menciona una serie de “hábitos” –i.e. constantes que recurren en su producción–, entre los que se cuentan Buenos Aires, la germanística, y lo que denomina “el culto de los mayores” (1974, 857). En efecto, se trata de un motivo que puede rastrearse, especialmente en su poesía, a lo largo de prácticamente toda su obra: desde los poemas dedicados a su abuelo Borges y a su bisabuelo Suárez, en *Fervor de Buenos Aires* (1923), hasta numerosas referencias diseminadas en sus últimos poemarios.

El culto de los mayores puede situarse en el marco más general de lo que, en un artículo ya clásico, “Ideología y ficción en Borges” (1979), Ricardo Piglia definió como la ficción de los linajes. El crítico sostiene que existe una “narración genealógica” que “acompaña y sostiene la ficción borgeana” (1979, 3). Se trata de un mito personal que el escritor construye para definir a la vez su lugar en el campo cultural y su relación con la literatura:

La escritura de Borges se construye en el movimiento de reconocerse en un linaje doble. Por un lado, los antepasados familiares, “los mayores”, los fundadores, los guerreros, el linaje de sangre. [...] Por otro lado, la investigación de los antepasados literarios, los precursores, los modelos, el reconocimiento de los nombres que organizan el linaje literario (Piglia, 1979, 3).

Como vemos, el culto de los mayores queda situado en relación con los antepasados del lado materno, un linaje de guerreros y de héroes que se remonta hasta los fundadores del país, entre los que se cuentan Francisco Narciso de Laprida, Isidoro Suárez e Isidoro Acevedo. Hay, sin embargo, una excepción relevante, el coronel Francisco Borges, abuelo paterno, cuyas características –coraje, trayectoria militar, muerte heroica– lo acercan a las figuras del linaje materno.

Borges dedicó, como dijimos, varios textos a sus ancestros de estirpe militar; incluyó referencias o menciones a ellos en poemas, ensayos, relatos y conferencias, y los evocó de forma recurrente en entrevistas en diversos medios. Parte de este heterogéneo *corpus* referido a sus antepasados ha sido objeto ya de algunos abordajes generales – además de otros referidos a textos específicos–. Mencionemos los trabajos de Barrenechea (1992) sobre la “ambivalente mitificación” de Francisco Borges, el de Vich (2019) sobre el bisabuelo, Isidoro Suárez, y el de Fraga (2001), dedicado de modo más amplio al “culto de los mayores”. En este artículo, recuperando algunas de las hipótesis contenidas en los mencionados estudios, queremos proponer una lectura diacrónica del modo en que funciona este culto de los antepasados a lo largo de la producción borgeana. Tal como sucede con prácticamente todos los tópicos en la obra de Borges, al historizarlos es posible detectar matices y desplazamientos. No se trata de un recorrido lineal, pero puede identificarse una tendencia general que va desde una devoción casi irrestricta hacia una mirada cada vez más compleja, que no excluye la crítica y hasta la parodia.

Dado que no podemos ofrecer aquí un estudio exhaustivo, nos centraremos en los textos referidos al coronel Suárez –la figura más emblemática del linaje materno–, incluyendo algunos comentarios sobre las referencias a otros ascendientes. Privilegiaremos la producción literaria de Borges, sin detenernos más que ocasionalmente en lo que Louis (2006, 29) ha llamado su *obra oral*, es decir, las numerosas entrevistas y conversaciones en las que el autor participó.

El héroe de Junín

Comencemos por ofrecer una breve síntesis biográfica del antepasado cuyo *culto* indagaremos.² Isidoro Suárez nació el 2 de enero de 1799, es decir, casi exactamente un siglo antes que su descendiente más ilustre. Era hijo de Nicolás Suárez Pérez y María Leonor Merlo Rubio. Desde muy joven participó activamente en las guerras de la Independencia. A los quince años se enroló como cadete en el Regimiento de Granaderos a Caballo. Se integró luego en el ejército de los Andes y combatió a las órdenes de San Martín en las batallas de Chacabuco, Cancha Rayada y Maipú. Continuó luego como parte del Ejército Libertador la campaña en el Alto Perú.

Su actuación más destacada fue en la batalla de Junín, uno de los últimos combates que enfrentaron a los americanos y los “realistas” españoles, librada en el actual territorio peruano el 6 de agosto de 1824. El entonces capitán Suárez, de 28 años, dirigió los húsares del Perú en una carga de caballería, que fue fundamental para la victoria. El ejército de Bolívar se estaba batiendo en retirada ante las tropas realistas comandadas por Canterac. Suárez, que aguardaba emboscado en un recodo del camino al frente de los Húsares del Perú, ordenó atacar a la caballería realista por un flanco descuidado y logró torcer el resultado de la batalla –y “cambió la historia de América” (Borges, 2004, 447)–. Su actuación fue elogiada por el mismo Simón Bolívar: “cuando la historia registre la gloriosa batalla de Junín, si es justa y severa, atribuirá todo el honor de ella al valor y la audacia de este joven coronel” (cit. en Biedma, 1909, 16). Intervino también en la batalla de Ayacucho, librada el 9 de diciembre de 1824, considerada como el último gran enfrentamiento de las guerras de la independencia. Tras la victoria, Bolívar lo ascendió a coronel.

² Para los datos históricos seguimos a Biedma (1909). Cfr. también Fraga (2001) y Vaccaro (2024). El propio Borges ofrece, más allá de algunas inexactitudes, una buena síntesis de la biografía de su antepasado en Alvarado Tenorio (2011, 26-27).

Luego de su desempeño en el ejército libertador de América, Suárez siguió combatiendo en las guerras civiles en las Provincias Unidas del Río de la Plata. Su acción fue decisiva en la batalla de Las Palmitas (provincia de Buenos Aires), donde en febrero de 1829 derrotó a las tropas federales, leales a Rosas. Con el ascenso de este último –con el que estaba, como le gustaba recordar a su bisnieto, lejanamente emparentado–, sus tierras fueron confiscadas y Suárez se vio empujado al exilio en Montevideo.³ Allí, junto a su amigo Olavarría, otro héroe de la independencia, “después de haber hecho la patria, vivían de repartir pan en un carrito con caballo” (Acevedo, 2021, 131). En Uruguay conoció a Jacinta Martínez Haedo, proveniente de una familia terrateniente de la Banda Oriental, con la que se casó en mayo de 1834. Tuvieron cinco hijos, la segunda de las cuales, Leonor Suárez, fue la abuela del escritor. Durante el sitio de Montevideo por las tropas de Oribe, Suárez quedó incomunicado y, pese a varios intentos, no pudo volver a reunirse con su esposa, ni conocer a su último hijo. Murió repentinamente de una enfermedad, el 13 de febrero de 1846, dejando a su familia “en la mayor aflicción e indigencia” (Acevedo, 2021, 130).

El culto de los mayores como tradición familiar

Podemos decir que el culto de los mayores está inscrito en Borges desde su mismo nacimiento. En efecto, Jorge *Francisco Isidoro* Luis, tal el nombre completo del escritor, fue así bautizado en honor de dos de sus más prominentes ancestros –y aquellos a los que dedicó más textos–: los ya mencionados Isidoro Suárez y Francisco Borges.

³ “Aunque Suárez era primo segundo de Juan Manuel de Rosas, prefirió el destierro y la pobreza en Montevideo a vivir bajo una tiranía en Buenos Aires” (Borges, 1999, 23). En efecto, Isidoro Suárez y Juan Manuel de Rosas eran primos segundos; compartían una pareja de bisabuelos: Juan José Rubio Casco de Mendoza e Isabel Díaz Gamiz de la Cueva (nota de Hadis, en Acevedo, 2021, 132).

La memoria de las hazañas de estos ascendientes, así como sus “reliquias”, tenían un lugar prominente en el hogar familiar. Como afirma Emir Rodríguez Monegal:

Georgie nació y fue criado en una casa que era hasta cierto punto un museo familiar [...] El sitio de honor estaba reservado a las espadas que en Junín y Cepeda liberaron América del Sur. [...] Georgie estuvo rodeado por los objetos sagrados de la historia familiar y por la repetición ritual de las hazañas de sus heroicos antepasados (1993, 12).

En este museo familiar, Suárez tenía un lugar especialmente destacado: su espada, sus retratos, su uniforme y hasta un mate de plata que el coronel había traído de Perú. Los relatos sobre su figura y su gesta heroica fueron transmitidos a Georgie por las mujeres de la familia: en primer lugar, Leonor Suárez, hija del coronel y abuela del escritor. Ella contaba a su hija, Leonor Acevedo, las hazañas de su padre y ambas, luego, se las narrarían a Jorge Luis (Williamson, 2006, 40, 57). También Fanny Haslam, la abuela paterna de Borges, le transmitió al nieto relatos sobre su esposo, Francisco, y en especial sobre su muerte –una versión heroica y romántica de su muerte (cfr. Barrenechea, 1992 y Williamson, 2006, 59)–, que serían materia de la literatura borgeana en años posteriores.

Además de los testimonios del escritor al respecto (cfr. Alvarado Tenorio, 2011, 26) tenemos un documento interesante sobre esta transmisión intergeneracional del culto a los mayores. En la Navidad de 1912, es decir, cuando Borges tenía 13 años, su madre le regaló *Suárez y Olavarría* de Juan José Biedma (1909). El libro recoge el esbozo biográfico que el autor escribió sobre Olavarría en 1894 y las memorias del propio Suárez, anotadas y comentadas por Biedma. El ejemplar, dedicado por Leonor “Para mi Georgie querido”, contiene notas de lectura manuscritas de Borges y un dibujo a lápiz de Suárez, realizado por el escritor en la última página (ver reproducción en Torre, 2005, 56)–. Como vemos, a partir de objetos, relatos orales y libros, la presencia de Suárez –y, más

generalmente, la de los antepasados heroicos— era parte de la cotidianidad del hogar de los Borges.

Montaña de gloria. Primeras poetizaciones del culto de los mayores

La primera plasmación literaria de la devoción por los mayores, recibida como herencia familiar, se encuentra en *Montaña de gloria*, una serie de poemas escritos por Borges entre 1914 y 1919, cuyo título es suficientemente elocuente.⁴ Se trata de tres poemas bastante extensos, los más antiguos de mano de Borges que han llegado hasta nosotros. Cada uno está dedicado a un antepasado: “Inscripción sepulcral I”, “Para el coronel don Isidoro Suárez mi ancestro”; “Inscripción en cualquier sepulcro”, “A mi bisabuelo don Juan Francisco Borges”; “Inscripción sepulcral II”, “Para el coronel don Francisco Borges/ soliviantado ancestro”.⁵

Como puede apreciarse, los títulos reaparecen casi exactamente en *Fervor de Buenos Aires*. Los dos poemas titulados “Inscripción sepulcral”, que en el libro no están numerados sino simplemente distinguidos por sus dedicatorias, recuperan las figuras de “el coronel Isidoro Suárez, mi bisabuelo” y “el coronel don Francisco Borges, mi abuelo” (Borges, 1923: s/n). Se trata de composiciones mucho más breves que las que integraban *Montaña de gloria*, pero evidentemente vinculadas, al punto de que, por ejemplo, para el caso de la primera “Inscripción sepulcral”, casi todos los versos de la versión publicada en 1923 pueden rastrearse en el manuscrito de 1916-1919. En cuanto a “Inscripción en

⁴ He podido ver una reproducción facsimilar y una transcripción del manuscrito, gracias a la generosidad de Víctor Aizenman, librero-anticuario (Buenos Aires) y del investigador Carlos García (Hamburg). Quiero dejar constancia de mi agradecimiento hacia ambos.

⁵ Juan Francisco Borges, nacido en Santiago del Estero en 1776 fue un militar y líder político de su provincia, que apoyó activamente la Revolución de Mayo de 1810. Fue fusilado a comienzos de 1817, por encabezar sublevaciones autonomistas. Hasta donde sabemos, la referencia a esta figura es un hápax en la producción borgeana. No hemos encontrado tampoco, más allá de la citada dedicatoria, evidencia de que él y Jorge Luis estuvieran emparentados.

cualquier sepulcro”, aunque retoma el título del de la serie *Montaña de gloria*, puede considerarse un poema diferente, ya que no hay ninguna referencia en él a Juan Francisco Borges y, aunque se recuperen algunos versos, el sentido global del poema es distinto.

Los textos que integran *Montaña de gloria* están claramente inconclusos, con muchos versos tachados y alternativas que se solapan. No tenemos certeza de cómo habrían sido las versiones definitivas. Sin embargo, no hay dudas de que están consagrados a la mitificación de la memoria de los antepasados del escritor en tanto “montañas de gloria”, evocadas desde el título. Para ceñirnos al caso de Suárez (“Inscripción sepulcral I”), este es cantado como “gran héroe de la gesta patria” y presentado como suma de todas las virtudes, casi sin matices:

Aquel genial estratega de gentil pureza con
la victoria de Junín i Ayacucho
los godos fueron obligados a la firma de
la Capitulación i al principio de la
Gran Victoria por la Independencia
I todo eso
inextinguible fue en el cielo e inmortal

El poema, entonces, puede considerarse un testimonio de cómo Borges asume muy tempranamente la tarea de dar forma literaria al culto de los mayores. No podemos reponer más que conjeturalmente algunas de las circunstancias del proceso de escritura de los manuscritos que se extendió entre 1914 –probablemente, después de la llegada a Europa de la familia– hasta 1919, es decir, el fin de la estadía en Ginebra. Quizás la distancia con su tierra natal, por la que manifestaba cierta nostalgia –según se desprende de la correspondencia de sus primeros años en Europa (cfr. De Milleret, 1970, 18-19, Vaccaro, 2023, 43)–, fue un punto de partida para visitar líricamente las grandes figuras de su linaje criollo. Quizás el contexto bélico –aunque se trataba de una guerra muy

distinta de la que se peleó en América en el siglo XIX– lo llevó a volver sobre las gestas militares protagonizadas por los coroneles Suárez y Borges. Sabemos que la guerra será un motivo recurrente en varios de sus primeros textos, publicados en España entre 1920-1921 (vg “La lucha”, “Trinchera”, “Rusia”, “Gesta maximalista”, Borges, 1997, 32, 49, 56, 89), y un tema persistente a lo largo de su obra (cfr. Kristal, 2022). En cualquier caso, más allá de las determinaciones precisas que lo hayan llevado a emprender este proyecto literario –que García ha considerado el más antiguo de los libros proyectados antes de *Fervor* (2023, 283)–, indudablemente hay que contarlo, tal como dijimos, como la primera plasmación poética del “culto de los mayores”, en el que fue iniciado por las mujeres de su familia y que se volvió una “obsesión temática que lo acompañará hasta muy entrada su edad” (Aizenman, cit. en García, 2023, 283).

En la etapa más marcadamente ultraísta de su producción, que podemos situar entre 1920 y 1922, Borges no publica textos que se refieran a su bisabuelo Suárez ni, más generalmente, al culto de sus antepasados. La poética de vanguardia a la que adhirió con fervor en esos años, donde lo *nuevo* era un valor definitorio, no era demasiado compatible con este tópico. Las celebraciones del coraje militar aparecen en esta etapa, como dijimos, pero referidas fundamentalmente a la “gesta maximalista”, que contrasta en varios aspectos con el modo que se insinuaba en *Montaña de gloria*. No se canta una revolución decimonónica sino una contemporánea, el espacio no es americano y la épica no está individualizada en grandes nombres, sino entendida como un proceso colectivo.⁶

El culto a los antepasados reaparece en un lugar relevante en el primer libro publicado por el autor, *Fervor de Buenos Aires*, de 1923. Allí encontramos, como dijimos, las dos composiciones tituladas “Inscripción sepulcral”, dedicadas a Isidoro Suárez y a

⁶ “En el cuerno salvaje de un arco iris clamaremos su gesta bayonetas que portan en la punta las mañanas” (“Rusia”, Borges, 1997, 57).

Francisco Borges, que retoman algo del espíritu de los textos homónimos en los que el escritor había trabajado entre 1914 y 1919. Alusiones a los antepasados pueden leerse diseminadas en algunas otras composiciones, como “Sala vacía” o “Rosas” (Borges, 1923: s/n).

El poema dedicado a Suárez es breve, consta tan solo de nueve versos. Estos reelaboran los que Borges ya había ensayado como parte de *Montaña de gloria* –aunque pueden haber existido, desde luego, versiones intermedias que desconocemos–. El poema publicado es ligeramente más sobrio que la versión del manuscrito, pero es indudable que puede considerarse también como una celebración lírica del héroe de Junín, quien se presenta como un cúmulo de virtudes: su “valor”, su “audacia”, sus “hazañas”, su “gloria” (Borges, 1923, s/p). La adjetivación, en este mismo sentido, tiende a lo hiperbólico: “impetuosa costumbre”, “término formidable”, “destierro implacable”, “tanta gloria”, hazañas escritas “en prosa rígida como los clarines belisonos” (Borges, 1923, s/p). Solo el lacónico final parece contrapesar el abrumador peso de tanta gloria con “el olvido”. Pero esto no va en desmedro de la figura de Suárez: puede leerse, más bien, como una melancólica reflexión sobre lo pasajero de la gloria mundana (*sic transit gloria mundi*), que justifica también el rescate lírico de esa figura, realizado por el bisnieto. En un sentido similar, podemos pensar el “ruego” con el que culmina el otro poema titulado “Inscripción sepulcral”, dedicado a Francisco Borges: “ruego al justo destino / aliste para ti toda la dicha / y que toda la inmortalidad sea contigo” (Borges, 1923: s/p).

En este primer libro, entonces, Borges participa a su modo del culto de los mayores que le habían inculcado su madre y sus abuelas. La afirmación podría ampliarse a los otros dos poemarios de esa década, *Luna de enfrente* (1926) y *Cuaderno San Martín* (1929). La poetización de los antepasados aparece ya sea como referencia en algún verso particular, o como motivo central de ciertas composiciones –“Dulcia linquimus arva”

(*Luna de enfrente*), “Isidoro Acevedo” (*Cuaderno San Martín*)—. La reverencia por los “abuelos” que fueron “soldados y estancieros” y “conquistaron la intimidad de la pampa” (Borges, 1926, 25) es coherente con la singular versión del criollismo que sostenía el escritor en aquellos años (Olea Franco, 1993). En las décadas siguientes, con los desplazamientos en las posiciones del escritor, el culto de los mayores no desaparece, pero incorpora matices distintos.

Variaciones sobre la figura del héroe (1930-1960)

La década del treinta, como ha sido señalado repetidas veces por la crítica, implica un notable reposicionamiento de Borges, tanto en términos estéticos como político-ideológicos (Louis, 2014, Adur, 2014). Con respecto al tema que nos interesa, hay que señalar dos aspectos de este reposicionamiento. Por un lado, el casi total abandono de la producción poética. No publica ningún nuevo libro de poemas en esos años y solo ocasionalmente escribe versos. A partir de los treinta, Borges comenzará a consolidarse como narrador, con los relatos aparecidos en la revista multicolor de *Crítica*, que reunirá en *Historia universal de la infamia* (1935). Por otro lado, en términos político-ideológicos, el autor abandona sus simpatías criollistas y construye una posición muy crítica del nacionalismo, que se acentuará con el avance de los totalitarismos en Europa (franquismo, nazismo y fascismo) y el recrudescimiento del discurso nacionalista católico argentino (cfr. Louis, 2014, Adur, 2014). Quizás este reposicionamiento contribuya a explicar que en estos años la reivindicación de los heroicos antepasados militares no tenga demasiada presencia. En los treinta no registramos prácticamente referencias al tema.

Con la publicación de *Poemas (1923-1943)* (1943), que recoge versiones corregidas de los libros de la década del veinte y agrega algunas composiciones nuevas, se comienza a constatar un gradual retorno a la poesía por parte de Borges, que se

consolidará en las décadas siguientes.⁷ La poesía parece ser el género privilegiado para el culto de los mayores. Entre las nuevas composiciones se encuentran, por un lado, algunas alusiones diseminadas en textos que no están dedicados centralmente a cantar a los antepasados, como “La noche cíclica” (*La Nación*, 1940) o “Prose Poems for I.J.” (*Poemas*, 1943). Estas alusiones pueden considerarse en línea con la celebración de los mayores que había marcado la poesía de los veinte. En el primer caso, se destaca que esos nombres son parte de la memoria del país, inscrita en sus calles, y que en ellas resuenan “felices victorias” –así como “muertes militares”, que en este contexto pueden entenderse como vinculadas al coraje– (Borges, 1974, 863). En “Prose Poems”, hay una mayor distancia: los ancestros son evocados como “dead men”, “ghosts”, pero son fantasmas honrados en bronce y, en última instancia, parte del capital simbólico que el yo lírico ofrece a su amada (Borges, 1974, 862).

Aunque en los cuarenta no hay ningún poema dedicado centralmente a Suárez, hay dos consagrados a otros antepasados, ambos publicados en 1943. “Al coronel Francisco Borges” apareció en la versión de *Luna de enfrente* incluida en *Poemas (1923-1943)*. El texto, si bien sigue contribuyendo a mitificar la muerte del abuelo como una suerte de sacrificio heroico, fruto de una decisión propia, resulta en conjunto más amargo que celebrativo. La vida del coronel es definida como “Una cosa que arrastran las batallas” y su coraje adjetivado como “inútil” (Borges, cit. en Barrenechea, 1992, 1010). Ya es posible registrar aquí cierta distancia con respecto al culto de los mayores desplegado en la producción más temprana del escritor.

⁷ Es especialmente luego de que la ceguera le impida leer y escribir por sí mismo, alrededor de mediados del cincuenta, que Borges vuelve a convertir la poesía en el centro de su producción. A partir de los años sesenta, la cantidad de volúmenes poéticos publicados por el escritor supera ampliamente la de compilaciones de relatos.

El otro poema de la época dedicado por Borges a uno de sus ascendientes es el célebre “Poema conjetural” (*La Nación*, 1943), que evoca la muerte de Francisco Narciso de Laprida, tío bisabuelo del escritor. Ha sido objeto de numerosas lecturas y no podemos detenernos en un examen minucioso. Digamos aquí simplemente que, sin dejar de subrayar la importancia del antepasado “cuya voz declaró la independencia” (Borges, 1974, 867), el texto busca complejizar su figura, que termina por resultar paradójica: el héroe de la civilización –hombre de dictámenes y libros– descubre un “júbilo secreto” ante su bárbaro final, el encuentro con su “destino sudamericano” (1974, 867). La inesperada revelación que propone el poema puede leerse como anticipo de un motivo que se explorará en textos posteriores: en última instancia, más allá de la devoción y de los lazos de sangre, la intimidad de los antepasados resulta inaccesible y misteriosa.

Hemos advertido que no hay ningún poema dedicado a Suárez en estos años – quizás los más relevantes para Borges en términos de su producción literaria–. Existe sin embargo un relato ineludible para pensar la cuestión de la memoria heroica de los antepasados, que incluye una evidente referencia al héroe de Junín. Nos referimos a “Tema del traidor y del héroe” (*Sur*, 1944, recogido con variantes en *Ficciones*). Como se recordará, el texto propone un posible “argumento” para un cuento: un héroe nacional, tras una investigación emprendida por su bisnieto, se revela como un traidor. El relato está ambientado en Irlanda, pero antes el narrador baraja otras opciones de localización: “Polonia, Irlanda, la república de Venecia, algún estado sudamericano o balcánico...” (Borges, 1974, 496). La referencia a “algún estado sudamericano” y la fecha en la que está ambientada la trama, 1824, pueden considerarse como alusiones consistentes a la figura de Suárez. En efecto, como ha señalado Balderston:

1824 es la fecha de las últimas batallas por la independencia hispanoamericana en América del Sur, Junín y Ayacucho. [...] Y la fecha de la muerte de Kilpatrick es la de la batalla de Junín, el 6 de agosto de 1824, donde combatió el coronel Isidoro Suárez (2010, 106).

Es posible que al escribir Borges tuviera en mente concretamente alguna de las acusaciones de traición que recibió quien él había propuesto como héroe (cfr. Balderston 2010:106, también Biedma, 1909 y Fraga, 2001) o la polémica en el mismo sentido en torno a su abuelo Francisco Borges (Barrenechea, 1992). Pero lo que es indudable es que el relato pone en primer plano la idea del heroísmo como construcción, de “la historia como algo que se escribe, y la conciencia de que al escribir se escoge una versión y se eclipsan otras” (Balderston, 2010, 116). Es muy significativo que el autor disemine alusiones a un héroe del panteón familiar en un relato que, justamente, se propone como una deconstrucción del heroísmo. También lo es que el investigador, encargado de sacar a la luz la verdad, sea el bisnieto del héroe y que, finalmente, en lugar de revelarla, publique un libro “dedicado a la gloria del héroe”, aceptando que él también “forma parte de la trama” (Borges, 1974, 498). Sostenemos que “Tema del traidor y del héroe” puede pensarse como un primer hito importante en la crítica del culto de los mayores que alcanzaría su culminación en la década del setenta.

En los años cincuenta, volvemos a encontrar un poema dedicado a la figura del bisabuelo, el más extenso de los publicados por Borges. Se trata de “Página para recordar al Coronel Suárez, vencedor en Junín” (*Sur*, 1954), del que queremos destacar dos elementos. En primer lugar, el hecho de que el escritor recurre a un procedimiento caro a su poética: cifrar la vida de un hombre en un instante.⁸ De la sinuosa e intensa biografía

⁸ La formulación más conocida de esta convicción borgeana se encuentra en “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz”: “cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad de un solo momento: el momento en que el hombre sabe para siempre quién es” (Borges, 1974, 562). Sobre este punto en relación con la figura de Suárez, remitimos a Vich (2019).

de Suárez, el escritor privilegia un episodio fundamental: la carga de Húsares que definió la batalla de Junín. Ese combate está inextricablemente ligado a Suárez, a la manera de un epíteto épico: *héroe de Junín*. Esto puede comprobarse en prácticamente todas las menciones que se registran en la obra borgeana.⁹ Pero en “Página...” el recurso está tematizado como uno de los ejes del poema: Junín es un “instante infinito” y el yo lírico pregunta retóricamente: “Qué importa el tiempo sucesivo si en él / hubo una plenitud, un éxtasis, una tarde” (Borges, 1974, 872). Junín define, justifica y prácticamente agota la vida de Suárez.

En segundo lugar, en el final del poema irrumpe una “tácita voz”, identificable con la de Suárez que propone una suerte de reinterpretación de lo enunciado por la voz de “su bisnieto”:

—Qué importa mi batalla de Junín si es una gloriosa memoria,
una fecha que se aprende para un examen o un lugar en el atlas.
La batalla es eterna y puede prescindir de la pompa
de visibles ejércitos con clarines;
Junín son dos civiles que en una esquina maldicen a un tirano,
o un hombre oscuro que se muere en la cárcel (Borges, 1974, 872).

Junín no importa en tanto batalla del pasado sino como símbolo de la lucha constante (“eterna”) contra la tiranía, que se actualiza en cada contexto. Desde luego, en 1953, cuando está fechado el texto, la mención de “un tirano” en la pluma de Borges era una alusión bastante clara al entonces presidente Juan Domingo Perón. Pero lo que nos interesa aquí es que la relación que se propone con los gloriosos ancestros es un tanto distinta, más cerca de una posible identificación que de la devoción absoluta. Que sea la

⁹ Además de los textos ya comentados, la referencia a Suárez como héroe de Junín puede encontrarse en “Tareas y destino de Buenos Aires” (Borges, 2001, 146), “Mateo XXV, 30” (1974, 874), “The Thing I Am” (2004, 196), “Guayaquil” (1974, 1064) y “Recoleta” (2004, 447), entre otros.

voz del propio Suárez la que parezca desdeñar la importancia de la “gloriosa memoria” de Junín puede leerse como un desplazamiento con respecto al culto de las hazañas de los mayores. No creemos que aquí pueda leerse aún una crítica, pero sí una mirada menos reverencial, que parece acercar aquella “montaña de gloria”, desplazándola, para parafrasear a Borges, *de este lado de la idolatría*.¹⁰

En los años sesenta encontramos otros dos poemas dedicados al culto de los antepasados, en este caso, del abuelo paterno: “Alusión a la muerte del coronel Francisco Borges” (*El Hacedor*, 1960) y “Junín” (*La Nación*, 1966). Los dos textos, sin dejar de contribuir a la memoria de la muerte épica (en especial el primero), no pueden considerarse celebratorios. Por un lado, lo que parece primar en ellos es un tono de cierta melancolía: la hora de la victoria también es “amarga” (Borges, 1974, 828), la imagen del coronel es “un poco triste” (1974, 941). Por otro lado, ambos tematizan la distancia infranqueable con el difunto: “casi no tocado por el verso” (1974, 828), “Quien me dirá cómo eras y quién fuiste” (1974, 941). La opacidad del otro —e incluso la del propio yo— es tema recurrente en la poesía borgeana, pero ensayado sobre uno de los heroicos antepasados parece contribuir a una perspectiva que se esbozaba en “Poema conjetural” y se desarrollaba críticamente en “Tema...”: hay algo inaccesible en el pasado y toda historiografía tiene un componente de construcción o mitificación.

Un prócer menor: parodia (y autoparodia)

El informe de Brodie (1970) puede pensarse como un hito en la producción borgeana. Se trata de un nuevo volumen de relatos, después de veinte años, que implica un notable giro con respecto al género que lo había llevado a la notoriedad internacional con *Ficciones*

¹⁰ En el final de *Evaristo Carriego* (1930), Borges retoma la famosa cita de Ben Jonson acerca de Shakespeare: “Truly I loved the man, *on this side idolatry, as much as any*” (1974, 142).

(1944) y *El Aleph* (1949). Muy esquemáticamente, y en palabras del propio Borges, un desplazamiento de las historias “fantásticas” (1974, 429) a los “cuentos realistas” (1974, 1022). Lo que nos interesa destacar es que en *Brodie* Borges revisita algunos de los motivos que habían definido su obra –y, más ampliamente, su figura autoral–, llegando en ocasiones a la autoparodia (Louis, 2009). Entre estos motivos revisitados se cuenta el del culto a los mayores, que puede leerse, principalmente, en “La señora mayor”.

El relato está centrado en “María Justina Rubio de Jáuregui”, la señora mayor del título, nieta de un héroe de la independencia el “coronel Mariano Rubio” (1974, 1048), figuras ficcionales que remiten respectivamente a Leonor Suárez, la abuela de Borges, y su padre, Isidoro Suárez. El autor recupera el apellido de la madre del coronel –María Leonor Merlo Rubio– e introduce numerosas referencias que permiten identificar al personaje histórico: su incorporación en el ejército de los Andes, su participación en las batallas de Chacabuco, Cancha Rayada y Maipú, y, luego, en la campaña del Alto Perú; su amistad con Olavarría y la intervención decisiva en una batalla a las órdenes de Bolívar –en el relato, el apócrifo “combate de Cerro Alto” ocupa el lugar del de Junín–; su posterior intervención en la guerra civil entre unitarios y federales a las órdenes de Lavalle –pese a su parentesco con Rosas– y, finalmente, el exilio y la muerte en la Banda Oriental (1974, 1048, cfr. Fraga, 2001, 44-45).

En la trayectoria de Rubio se reconoce, ligeramente transfigurada, la de Suárez. Pero el héroe de Junín, aquella montaña de gloria, es calificado aquí como “un prócer menor” (1974, 1048): se nos dice que “los manuales de historia solían prescindir de su nombre” y que, aunque lo conmemora una calle, es una “que muy pocos conocen”, “perdida en los fondos del cementerio del Oeste” (1974, 1051). En el homenaje que le dedican, el ministro, “que tuvo que retirarse temprano, leyó un discurso muy conceptuoso, en el cual, sin embargo, se hablaba más de San Martín que del coronel Rubio” (1974,

1051-1052). Lo que parece reconocer Borges aquí es que, más allá de la devoción y el orgullo de su familia, Suárez y la mayoría de sus antepasados fueron en última instancia, como afirma Saénz Quesada, figuras “de segunda fila” (1999, cit. en Fraga, 2001, 24). Más allá de lo que declara el narrador –quien asegura obrar “sin irreverencia” (1974, 1048)– se trata de una perspectiva irreverente, desacralizadora de una figura que la literatura borgeana había contribuido a mitificar desde su primer libro.

Pero la mirada crítica no está dirigida tanto al héroe en sí, como a los modos en que este es recordado, a la forma en que se construye la memoria, en una doble dimensión: la familiar y lo que podemos llamar la memoria pública. Con respecto a esta última, el relato denuncia las hipérboles y los prejuicios del nacionalismo en la construcción de la historia. La novedad no está en esta crítica –que puede rastrearse en la literatura borgeana al menos desde la década del treinta– sino en el hecho de que esta se refiera tan directamente al panteón personal del escritor. Sobre la batalla de Cerro Alto (*i.e.* Junín) el narrador afirma:

Siempre envidiosos de nuestras glorias, los venezolanos atribuyeron esta victoria al general Simón Bolívar, pero el observador imparcial, el historiador argentino, no se deja embaucar y sabe muy bien que sus laureles corresponden al coronel Mariano Rubio (1974, 1048).

El narrador incurre en una evidente contradicción al postular como equivalentes “observador imparcial” e “historiador argentino”. De este modo, Borges reduce al absurdo la polémica chauvinista acerca de a quién atribuir los laureles de la victoria –algo similar puede leerse en “Guayaquil”, referido en ese caso a figuras de primera línea, San

Martín y Bolívar—. ¹¹ El autor está parodiando aquí una polémica frecuente en la historiografía latinoamericana, que seguramente conoció en algunas de sus lecturas. ¹²

En la misma dirección puede leerse la referencia a otro discurso, el periodístico, que incurre también en excesos nacionalistas: “Los diarios de la mañana y de la tarde mintieron con lealtad; ponderaron la casi milagrosa retentiva de la hija del prócer, que ‘es archivo elocuente de cien años de la historia argentina’” (1974, 1052). ¹³ La fórmula “mintieron con lealtad” es precisa: la verdad queda subordinada a la “lealtad”, que se entiende como celebración irrestricta de lo argentino. El desenlace del relato, con la muerte de la señora, atribuido por el narrador al “tumulto” producido por la celebración (1974, 1052) termina de connotar negativamente la pomposidad estruendosa de estos discursos nacionalistas.

Con respecto a la memoria familiar, todo el relato puede leerse como una crítica del culto excesivo del que los antepasados eran objeto para la familia Suárez Acevedo, lo que implica, como veremos, una autocrítica del propio autor. El narrador señala que los

¹¹ En ese relato también se desliza una mención irónica del culto por Suárez: “Hay en el escritorio un retrato oval de mi bisabuelo, que militó en las guerras de la Independencia, y unas vitrinas con espadas, medallas y banderas. Le mostré, con alguna explicación, esas viejas cosas gloriosas; las miraba rápidamente como quien ejecuta un deber y completaba mis palabras, no sin alguna impertinencia, que creo involuntaria y mecánica. Decía, por ejemplo: —Correcto. Combate de Junín. 6 de agosto de 1824. Carga de caballería de Juárez. —De Suárez —corregí.

Sospecho que el error fue deliberado” (1974, 1064).

¹² Por ejemplo, en la ya citada obra de Biedma, luego del discurso laudatorio de Bolívar sobre la acción de Junín (*vid supra*), un comentador no identificado anota: “No embargante esto, muy pocos días después se publicaba el parte y el boletín de la acción, y ninguna de ambas piezas recuerda a la posteridad que se encontrase en ella un Comandante de Húsares a quien se debía su éxito. *Bolívar fue siempre rival gratuito de las glorias argentinas*” (1909, 17, nuestro destacado).

¹³ Vaccaro (2024, 58) transcribe la necrológica publicada por *La Razón* (1-3-1905) en ocasión de la muerte de Leonor Suárez: “La extinta era hija del coronel de la independencia, Liborio (sic) Suárez. Conservaba la señora de Acevedo, hasta que se ausentó, un recuerdo nítido de los episodios de que en su juventud fuera testigo. Y sabía rescatarlos con lenguaje expresivo y ameno que transmitía una intensa sensación de realidad”. No tenemos certeza de que Borges haya conocido este texto, pero como vemos el discurso paródico no estaba demasiado lejos del parodiado.

Jaúregui vivían “en una situación algo falsa”: el lugar social que creían merecer no era el que tenían en la práctica (1974, 1051). Puede reconocerse en esto una mirada de Borges sobre los discursos reivindicativos de Leonor Suárez –y su hija, Leonor Acevedo– acerca del prestigio perdido, que el nieto tenía el mandato de recuperar (Williamson, 2006, 57-ss).

La familia estaba “presidida por una sombra épica” (1974, 1049) lo que implicaba, en buena medida, una existencia anacrónica, donde las glorias pasadas contaban más que la realidad contemporánea. Esto se encarna, por un lado, en la propia señora mayor: “La nomenclatura de la señora de Jáuregui siguió siendo anticuada; hablaba de la calle de las Artes, de la calle del Temple, de la calle Buen Orden, de la calle de la Piedad...” (1974, 1050). En “La jonction”, Borges dirá de su abuela que “Vivió de la memoria de una proeza ecuestre de su padre [...] y del odio, ya fatigado [*i.e.* anacrónico] y puramente verbal, de ‘los tres grandes tiranos del Plata: Rosas, Artigas y Solano López’” (2004, 439). También parece ser “puramente verbal” la memoria de la señora mayor: “Hasta 1929, en que se hundió en el entresueño, contaba sucesos históricos, pero siempre con las mismas palabras y en el mismo orden, como si fueran el Padrenuestro, y sospeché que ya no respondían a imágenes” (1974, 1050).

La primacía del pasado sobre el presente se extiende desde la señora mayor hacia sus descendientes: “La familia afectaba esos arcaísmos, que eran espontáneos en ella. Decían *orientales* y no *uruguayos*” (1974, 1050). Mariano, uno de sus hijos, “solía frecuentar la Biblioteca Nacional y el Archivo, urgido por el propósito de escribir una exhaustiva biografía del héroe, que nunca terminó y que acaso no empezó nunca” (1974, 1049). La casa familiar tiene algo de museo, constantemente en penumbras, con “un olor a cosas guardadas” y el retrato y la espada del prócer exhibidos de un modo que remite al “museo familiar” del hogar Borges Acevedo (Borges, 1974, 1049, 1051).

Por momentos, la crítica se torna impiadosa, especialmente en lo que hace al escaso nivel intelectual de la familia y, en particular, de la señora:

En toda la casa no había otros libros que un volumen de Andrade, una monografía del héroe, con adiciones manuscritas, y el Diccionario Hispano-Americano de Montaner y Simón, adquirido porque lo pagaban a plazos y por el mueblecito correspondiente [...]. Nunca fue tonta, pero no había gozado, que yo sepa, de placeres intelectuales [...]. Profesaba, por supuesto, la fe católica, lo cual no significa que creyera en un Dios que es Uno y es Tres, ni siquiera en la inmortalidad de las almas. Murmuraba oraciones que no entendía y las manos movían el rosario. [...] Las palabras protestante, judío, masón, hereje y ateo eran, para ella, sinónimas y no querían decir nada. (1974, 1049-1050).

Puede leerse aquí un ajuste de cuentas de Borges con su linaje materno, en el que, como ha señalado Piglia, el coraje físico parece contrapesado por la ignorancia y la falta de cultura (1979, 4). Así lo afirma el propio escritor, en una entrevista concedida unos años antes de la publicación del relato:

Cuando se es de familia criolla o puramente española, entonces, por lo general, no se es intelectual. Lo veo en la familia de mi madre, los Acevedo, que son de una ignorancia inconcebible. Por ejemplo, para ellos, provenientes de una antigua familia criolla, ser protestante es sinónimo de judío, es decir, ateo, libre pensador o hereje (Milleret, 1970, 33).

Sin embargo, como dijimos, la crítica tiene también un componente de autocrítica o autoparodia. El autor era perfectamente consciente de haber incurrido en algunas de las prácticas que señala en los Jáuregui: él también decía “orientales” en lugar de uruguayos, no se resignaba a que la ciudad de Buenos Aires “había ido cambiando y creciendo” (1974, 1050) y, sin duda, había vivido signado por las sombras épicas de sus mayores. Quizás en esta clave autoparódica haya que entender el singular narrador que tiene este relato. Un narrador que puede caracterizarse como ambiguo en al menos dos sentidos. Por un lado, en términos formales. Al comienzo aparenta ser un narrador heterodiegético:

narra en tercera persona y no participa de los hechos narrados –más allá de algunos comentarios metadieéticos en primera–. Hasta que, intempestivamente, en medio de la descripción de la casa de los Jáuregui, irrumpe una primera persona que implica la participación del narrador en ese mundo y su conocimiento de primera mano de los personajes, casi como si fuera parte de la familia: “Me acuerdo de un olor a cosas guardadas” (1974, 1049). El relato continuará mayormente en tercera persona, con un narrador capaz de acceder a la interioridad de los personajes, pero con intromisiones de esa primera persona homodieética (“Recuerdo los tranquilos ojos claros y la sonrisa”, 1974, 1050). Por otro lado, el narrador es ambiguo ideológicamente. En ocasiones mantiene una clara distancia irónica con los prejuicios de los Jáuregui –hemos visto, por ejemplo, cómo denuncia su catolicismo dogmático y su antisemitismo implícito–, por momentos parece tan prejuicioso como ellos: “Julia [se casó] con un señor Molinari, que, *aunque de apellido italiano*, era profesor de latín y una persona de lo más ilustrada” (1974, 1049, nuestro destacado).

Este narrador ambiguo parece funcionar como la plasmación formal de la ambigüedad que Borges manifiesta respecto del culto de sus antepasados, oscilando entre la ironía y la empatía. La aseveración de que “Todos los días somos dos veces la señora mayor” (1974, 1051) puede entenderse, en este sentido, como una suerte de *mea culpa* del propio autor: aunque es capaz de una mirada crítica y distanciada, no está libre de incurrir ocasionalmente en ese culto excesivo por el pasado.

Digamos, por último, que la revisión del culto de los antepasados que observamos en este relato dialoga con la revisión del culto del coraje que propone *El informe de Brodie* –el ejemplo más elocuente en este sentido es “Historia de Rosendo Juárez”– (Louis, 2009; Pereira-Boan, 2016). En el “Epílogo” que Borges escribió para la edición de sus *Obras completas* (1974) leemos:

Era de estirpe militar y sintió la nostalgia del destino épico de sus mayores. Pensaba que el valor es una de las pocas virtudes de que son capaces los hombres, pero su culto lo llevó, como a tantos otros, a la veneración atolondrada de los hombres del hampa (1974, 1144).

El escritor vincula explícitamente el culto de sus mayores con la “religión del coraje” (1974, 168) que había venerado en gauchos y orilleros en las primeras etapas de su producción y de la que abjuró posteriormente. Sin dejar de reconocer su propia nostalgia de lo épico, puede leerse aquí una distancia crítica en relación con esa fascinación por la violencia.¹⁴

Conclusiones

Hemos propuesto un recorrido por el tema del culto de los antepasados en la obra de Borges, enfocándonos especialmente en la figura del coronel Suárez. Partimos del testimonio más antiguo que conservamos de su poesía, *Montaña de gloria* (1914-1919) y llegamos hasta “La señora mayor” (*El informe de Brodie*, 1970), que consideramos un hito por la mirada irónica y paródica que propone sobre el héroe de Junín –y el culto del que era objeto por parte de sus descendientes–. No se trata, como anticipamos, de un recorrido exhaustivo, pero sí suficientemente amplio para evaluar continuidades y desplazamientos.

El tratamiento de Borges de las figuras de sus antepasados puede caracterizarse, para recuperar la formulación de Barrenechea (1992), como ambivalente. En algunos textos, parece propiciar la celebración de sus hazañas y exaltarlos como héroes, mientras

¹⁴ Para pensar la dimensión crítica de esta vinculación entre el culto de los antepasados y el del coraje es interesante recuperar un posible hipotexto del relato “Juan Muraña” (*El informe de Brodie*, 1970). En las memorias de Leonor Acevedo consta una anécdota referida a Micaela Soler, hija del general Soler –otro de los antepasados militares del linaje materno–: “Micaela tenía un culto por el padre [...], guardaba en su ropero el sable de ‘Tata’ [el general Soler] y con él corrió al dueño de su casa, un señor italiano que la enfurecía apareciendo el primero de mes a cobrar el alquiler” (Acevedo, 2021, 114). En “Juan Muraña” hay una situación similar, pero el general ha sido degradado a cuchillero y el sable a cuchillo.

que en otros es posible encontrar, en distinta medida, matices diversos, que incluyen la melancolía y la crítica. En términos generales, el recorrido diacrónico permite observar que, con el correr de los años, se manifiesta una cada vez mayor distancia crítica con respecto al culto de los mayores.

No se trata, sin embargo, de una progresión lineal: después de “La señora mayor”, donde como vimos despliega una notable ironía, encontramos un texto como “Coronel Suárez” (*La moneda de hierro*, 1976), dedicado al pueblo homónimo y, más precisamente, al busto del héroe, en el que no se registra ningún matiz crítico. El soneto tiene un tono melancólico semejante al que registramos en otros poemas (“En un confín del vasto Sur persiste / esa alta cosa, vagamente triste”).¹⁵

Además de la diacronía, la elección de los géneros también es relevante: por lo general los poemas participan del culto de los mayores con un tono celebratorio o elegíaco –“Inscripción sepulcral”, “Página para recordar...”, “Coronel Suárez” y las alusiones diseminadas en versos de distintas composiciones–, mientras que las prosas presentan un tono más reflexivo, que no excluye, como dijimos, la distancia crítica –“Tema del traidor y del héroe”, “La señora mayor”, “*La jonction*”–.¹⁶

Esperamos haber dejado planteadas algunas líneas fundamentales para entender las variaciones del culto de los mayores a lo largo de la obra de Borges, un tópico que puede seguir explorándose productivamente, en relación con otros temas borgeanos como las relaciones entre literatura y nación, la disyuntiva entre “las armas y las letras” y la “religión del coraje”.

¹⁵ Para una lectura de este poema remitimos a Vich (2019), quien sin embargo no parece advertir que el texto se refiere al pueblo y al busto de Suárez.

¹⁶ Algo similar hemos señalado a propósito del tratamiento que Borges realiza de la figura de Jesús en prosa y en verso, cfr. Adur (2014).

Fuentes

- Acevedo, L. (2021). *Memorias de Leonor Acevedo de Borges*. Claridad.
- Alvarado Tenorio, H. (2011). *Veinticinco conversaciones*. Ediciones Unaula.
- Biedma, J. J. (1909). *Suárez y Olavarría*. Cabaut.
- Borges, J. L. (1923). *Fervor de Buenos Aires*. Edición del autor.
- . (1926). *Luna de enfrente*. Proa.
- . (1929). *Cuaderno San Martín*. Proa.
- . (1974). *Obras completas*. Emecé.
- . (1997). *Textos recobrados 1919-1929*. Emecé.
- . (2001). *Textos recobrados 1931-1955*. Emecé.
- . (2003). *Montaña de gloria (1914-1919)*.
- . (2004). *Obras completas III*. Emecé.
- Torre Borges, M. de (2005). *Borges. Fotos y manuscritos*. Allonia/Proa.

Referencias bibliográficas

- Adur, Lucas (2014). *Borges y el cristianismo*. Tesis doctoral. Universidad de Buenos Aires.
- Balderston, D. (2010). *Innumerables relaciones: cómo leer con Borges*. UNL.
- Barrenechea, A. (1992). Jorge Luis Borges y la ambivalente mitificación de su abuelo paterno. *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 2, XL, 1005-1024.
- Fraga, R. (2001). *Borges y el culto de los mayores*. Fundación Internacional Jorge Luis Borges.
- García, Carlos (2023). “Antes del fervor. Libros planeados por Borges antes de la publicación de *Fervor de Buenos Aires* (1920-1923)”. *Cuarenta naipes*, 8, 274-291.
- Kristal, E. (2022). *Querencias. Guerra, traducción y filosofía en Jorge Luis Borges*. FCE.
- Louis, A. (2006). *Borges face au fascisme I. Aux lieux d'être*.
- . (2009). El testamento. En J. P. Dabove (ed.), *Jorge Luis Borges: políticas de la literatura* (p. 331-366). Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.
- . (2014). *Jorge Luis Borges: obra y maniobras*. UNL.
- Olea Franco, R. (1993). *El otro Borges, el primer Borges*. FCE.
- Pereira-Boan, X. (2016). La revisión narrativa del coraje en *El informe de Brodie*. *Variaciones Borges*, 41, 129-139
- Piglia, R. (1979). Ideología y ficción en Borges. *Punto de vista*, 5, 3-6.
- Rodríguez Monegal, E. (1993). *Borges. Una biografía literaria*. FCE.
- Vich, V. (2019). La gesta épica (y lírica) del bisabuelo de Borges. *Variaciones Borges*, 48, 3-16.
- Williamson, E. (2006). *Borges. Una vida*. Seix Barral